

Una mirada de desolación. El estigma y el abandono en la vejez

Alejandra Patricia Gómez Cabrera
Colegio de Ciencias y Humanidades-UNAM

Resumen: En México, la violencia a las personas de la tercera y cuarta edad es un fenómeno en crecimiento que puede entenderse desde la noción de estigma. El estigma es un mecanismo que repercute de manera negativa en la forma cómo las personas de la tercera y cuarta edad son percibidas y tratadas en sociedad. De hecho, el estigma es una de las principales variables en el análisis del abandono familiar de esa comunidad.

Palabras Clave: Violencia, Estigma, Abandono

Title: A look of desolation. Stigma and drop in the elderly.

Abstract: In Mexico, the violence to the people of the third and fourth age is a growing phenomenon that can be understood from the notion of stigma. The stigma is a mechanism that negatively impacts on the way as the people of the third and fourth age are perceived and treated in society. In fact, the stigma is one of the variables in the analysis of family abandonment in this community.

Keywords: Violence, Stigma, Abandonment

La vejez. Un constructo social y cultural

La vida es un proceso que se evidencia a través de diferentes etapas que constituyen un continuum en el crecimiento físico, biológico y psicológico de la persona. La primera edad inicia con el nacimiento, seguido por la reproducción que marca la etapa de la madurez, traducida como segunda edad. La entrada a la tercera edad vincula la madurez con la vejez, generalmente cuando una persona se convierte en abuela. En ocasiones, se habla de la cuarta edad, al momento en el que una persona adopta el rol de bisabuela dentro de su familia.

A través de estas etapas, la vejez se entiende como un periodo de declive en las

funciones y estructuras del organismo vivo. Sin embargo, aun cuando lo fisiológico condiciona el modo como una persona interacciona con la sociedad, hay aspectos de la vejez que están supeditados a otros factores. Por consiguiente, “la vejez no es sólo una etapa de la vida de acuerdo con un dato biológico o cronológico: es ante todo un constructo social y cultural” (Sánchez, 2011, p. 48).

En razón de ello, e independientemente de sus características físicas, las personas de la tercera y cuarta edad son tratadas y percibidas de diferentes maneras según el poder adquisitivo, el estatus social, las redes de apoyo y reconocimiento, el género, así como los roles de productividad económica y moral en los cuales

incursionan de manera cotidiana. Un ejemplo en relación con las diferencias de género durante la vejez, “ha sugerido que las mujeres cuentan con redes familiares más sólidas y que al tener que estar siempre pendientes de su salud reproductiva están más familiarizadas con su cuerpo y pueden identificar con mayor facilidad problemas de salud. (...) Ello, les da ciertas ventajas frente a los hombres durante la etapa de la vejez” (Sánchez, 2011, p. 51).

Asimismo, las comunidades cooperan en la construcción del sentido y la vivencia de la longevidad, al atribuirles a las personas de la tercera y cuarta edad determinadas características que van más allá de las que trae consigo la propia edad y que modifican las reglas de convivencia a las diferencias materiales y simbólicas propias de cada contexto. “La representación que se tiene de los ancianos en la sociedad determinará su condición” (Ballesteros, 2000, 5) sociohistórica y situacional.

Valoración y minusvaloración de la vejez

En las sociedades prehispánicas, por ejemplo, las personas de la tercera y cuarta edad tenían una función prominente, debido al rol protagónico con el que se desempeñaban en diversos rubros de la vida social, principalmente a nivel de la familia. La vejez no representaba un problema, sino un medio de sabiduría, cohesión y continuación de la historicidad de las

comunidades a través de las tradiciones orales y los mitos.

En la actualidad, las comunidades indígenas y rurales, en su mayoría, operan sobre esta representación social de la vejez. No obstante, en las sociedades urbanas, “industrializadas y modernas, la vejez ha dejado de entenderse como algo valioso, bajo los actuales ritmos de cambio tecnológico y generación de conocimiento, el anciano ya no es el que más sabe; dada su salida de las esferas productivas, el viejo no genera riqueza, y dada su poca capacidad económica, no consume” (Ballesteros, 2000, p. 26). Como se verá más adelante, el lugar prominente de las personas de la tercera y cuarta edad en la familia, también ha sido reemplazado.

Desde este panorama, llegar a la tercera edad ya no implica una proeza como en épocas pasadas. “En la actualidad, en México, la sobrevivencia a los 65 años de edad es ya común; 69.5% de la población masculina y 73.4% de la población femenina sobrevivirá hasta esa edad. Y la esperanza de vida a los 65 años de edad es cercana a los 20 años” (González & Ham, 2008, p. 37).

Si bien, en términos de salud y crecimiento cronológico hay logros importantes, los costos sociales y económicos del envejecimiento han traído dependencia y vulnerabilidad para los ancianos del país lo cual, se traduce principalmente en programas proteccionistas sin soluciones de fondo o en prácticas de violencia hacia este sector de la población.

El estigma como identidad y abandono

La violencia como un modo de hacer y de ser que contradice la legalidad y moral, se origina y perdura en la construcción social de la vejez. Esta construcción mantiene modelos cognitivos que históricamente se refuerzan y legitiman a través de lo que se conoce como prejuicio. El prejuicio sobrevive a las eventualidades situacionales y se fortalece a través del estereotipo el cual, tiene la cualidad de hacer visible lo simbólico y, por consiguiente, crear afectos e indiferencias frente a lo percibido.

El estereotipo de vejez que sobrevive en la actualidad, vincula a las personas de la tercera y cuarta edad con características tales como la lentitud, la fealdad, la inutilidad, la improductividad, el autoritarismo y la victimización. Frente a estos estereotipos recaen sentimientos de desprecio y descrédito hacia las personas de la tercera y cuarta edad. Dichos estereotipos reducen la identidad total de estas personas -como abuelos, consejeros familiares, sujetos con experiencia y sabiduría, líderes en sus hogares- a algunas de sus características, generalmente las mismas que los diferencian frente al resto de la sociedad y en cuyas diferencias se justifica su inferioridad y peligro para la comunidad a la que pertenecen. Este despojo de la identidad total por una identidad desvirtuada socialmente, se conoce con el nombre de estigma.

El estigma es un mecanismo que exhibe la identidad de la persona de la tercera y cuarta edad como algo inhabitual y despreciado, que vulnera la estabilidad, la integridad y el estatus económico y social de sus allegados, por lo que supone un riesgo para quienes son ajenos a los atributos que devienen con la vejez. La pertenencia de algún rasgo o característica propios de la tercera y cuarta edad, se utilizan como excusa y justificación para ubicarlos en estadios socialmente negativos que repercuten del mismo modo en el trato cotidiano que reciben de la sociedad.

Uno de los aspectos que influye negativamente en la representación social de la vejez, es el desvanecimiento de la estabilidad económica como secuela del “deterioro de la salud, la disminución de las facultades físicas y mentales, y el retiro de la actividad laboral” (Ham & González, 2008, p. 38). Tan sólo en el Distrito Federal “el 51.9% de los ancianos consideran que es más difícil conseguir un trabajo, pues [los empleadores] creen que corren un mayor riesgo a enfermarse y a cometer errores o simplemente porque son más lentos en el desempeño de las actividades” (Ballesteros, 2000, p. 38).

Esto conlleva a un aumento en los niveles de marginación hacia las personas de la tercera y cuarta edad entre quienes “el 82% viven en condiciones de pobreza” (Conapo, 2007). Al ser la vida productiva el principal eje de incorporación al quehacer y al reconocimiento social, el cese de las actividades económicas

implica una desventaja para las personas de la tercera y cuarta edad al evidenciarlas como inútiles e ineficientes.

El impacto económico, sin embargo, no sólo afecta a las personas de la tercera y cuarta edad, sino a sus círculos sociales cotidianos, principalmente a su familia. Por esta razón, otro de los elementos del estigma social en la vejez es el temor que trae consigo el desconocimiento de las situaciones que parecen comunes en el contexto de las personas de la tercera y cuarta edad. Aun cuando en todas las etapas de la vida la enfermedad y la muerte aparecen como características emergentes y constitutivas de la propia naturaleza humana, dadas las condiciones físicas imperantes en la tercera y cuarta edad, estos aspectos son identificados de un modo peyorativo y excluyente a causa del temor que engendran en la sociedad.

¿Quién, en su vida cotidiana, piensa en su lecho de muerte y en el sufrimiento que ello causaría a sus seres queridos, o en la forma cómo la enfermedad podría paralizarlo para enfrentar sus actividades rutinarias? Este tipo de reflexiones, sin embargo, son familiares en las últimas etapas de la vida, debido a que en la vejez no sólo se “modifica la relación del individuo con el tiempo y, por lo tanto, su vinculación con el propio mundo y con su propia historia” (Fuentes, 1994, p. 12), sino que, además, cualquier transformación en el bienestar físico y mental, se traduce en un obstáculo para que las personas de la tercera y cuarta edad y sus

familiares desarrollen con independencia y normalidad sus actividades cotidianas.

Ante este escenario, la vejez se concibe pocas veces como una etapa propia del desarrollo vital o como la cúspide del esfuerzo y la experiencia; existe, más bien, un alto grado de desvalorización hacia el anciano, pues se piensa en una persona inútil y en un estorbo para la familia (Ballesteros, 2000, p. 35). Por consiguiente, una realidad latente entre las personas de la tercera y cuarta edad es la sinergia que existe entre la acumulación de años y el desgaste físico, el incremento en la falta de reconocimiento social y el empobrecimiento económico.

Esta situación, repercute principalmente en el ámbito de las relaciones y actividades familiares, en la administración de los recursos en el hogar y en el desgaste afectivo hacia la figura de las personas de la tercera y cuarta edad como miembros de la familia, ya que es ésta el principal referente social y de pertenencia en la vejez debido a la poca movilidad y estabilidad social, así como a la dependencia física y emocional que caracteriza a las personas de la tercera y cuarta edad, principalmente cuando sus características físicas y psicológicas requieren de los cuidados y atención de terceras personas.

“En la Ciudad de México, el 77.9% de los ancianos vive con su familia, entendida ésta como conyugue e hijos” (Ballesteros, 2000, p. 40). La familia, aunque principal contexto de socialización para las personas de la tercera y cuarta edad, no siempre significa una unidad de

la cual reciben afecto y protección; por el contrario, es el lugar donde se identifican los índices más altos de violencia hacia estas personas. Es precisamente en la familia donde “el 51.6% de los ancianos de la Ciudad de México percibe una actitud «violenta», «agresiva» e «irrespetuosa» por parte de hijos y nietos” (Ballesteros, 2000, p. 41).

Estas cifras ponen en evidencia la primera manifestación y principal forma de justificación del estigma en el núcleo familiar: el abandono. El abandono es “el sentimiento que produce la pérdida de la compañía de otras personas. Este concepto se vincula con la palabra desamparo la cual no se considera un sentimiento, sino una situación para nombrar la falta de ayuda, amparo o protección” (Fleurquin, 1995, p. 18). El abandono es el elemento consecuente al estigma, ya que una persona cuya identidad no es valorada socialmente, es una persona que termina por abandonarse.

El abandono se manifiesta en dos sentidos: 1) el abandono que el otro genera hacia la persona de la tercera y cuarta edad, como consecuencia del miedo e indiferencia a su condición longeva y, 2) el auto-abandono del viejo a través de “la retirada o desvinculación de su entorno por la ruptura de las relaciones sociales, el cese en sus funciones [rutinarias] y una reducción del compromiso con las normas y valores sociales” (Bazo, 1990, p. 61). La persona de la tercera y cuarta edad que experimenta el auto-abandono, tiende a vivir centrada en sí misma y comúnmente, esta situación se

generaliza entre las personas de edad avanzada que han vivido el abandono de personas cercanas con anterioridad.

Al respecto, los principales índices de abandono, se presentan en los periodos vacacionales de semana santa y diciembre cuando “los servicios médicos se incrementan a causa de la hospitalización de ancianos debido al abandono de la familia cuando sale de vacaciones. Conocido como el síndrome del viejo maltratado, 40% de los ancianos en el mundo lo padecen” (Arceo & Suárez, 1996, p. 28).

Con base en datos proporcionados por la Encuesta sobre Maltrato a Personas Adultas Mayores en el Distrito Federal (EMPAM-DF, 2006), se identificó que la soledad durante largos periodos de tiempo, es el principal elemento para que las personas de la tercera y cuarta edad detecten el abandono de su familia. En segundo lugar, se encuentra la falta de recursos para sostenerse y en tercero, el menoscabo en la protección y suministro de medicamentos.

Estas cifras, permiten identificar que una de las causas del abandono familiar de las personas de la tercera y cuarta edad, tiene que ver con el hecho de considerarlas un obstáculo en el desempeño normal de las actividades y funciones rutinarias de la familia. Esta situación de abandono, especialmente se da entre las personas de la tercera y cuarta edad con un alto grado de dependencia familiar en términos económicos, médicos y afectivos. Por mencionar un ejemplo, “el 42.9% de las personas adultas

mayores que necesitan ayuda para alimentarse han tenido, por lo menos, un incidente de violencia en los últimos doce meses, en contraste con el 14.6% de quienes no tienen este tipo de necesidad” (Giraldo en EMPAM-DF, 2006, p. 29).

Otra de las causas del abandono y la violencia hacia este sector social, reitera que “tiene más dificultades para hacerse respetar - tanto física, económica o psicológicamente - que otras personas”. Esta situación refiere a un estigma debido a que, en la sociedad mexicana, no existe una cultura en torno al trato tolerante y al bienestar de la vejez en el país. Es, en la propia familia, donde se refuerza la representación social de “parásito social” de la persona de la tercera y cuarta edad, a causa de la zozobra para integrar su pensamiento y sus prácticas en la toma de decisiones familiares.

Asimismo, es importante mencionar que, el abandono, también es producto del modo de organización familiar, principalmente entre el sector de población con mayor escases de recursos económicos.

La familia nuclear [padres e hijos solteros] presenta una serie de limitaciones, sobre todo para una población mayoritariamente pobre que requiere del apoyo paternal para salir adelante, pero también para la población de la tercera edad, que se convierte en marginada de las familias nuevas de sus hijos (...) El abuelo-a se convierte en un intruso que puede inferir y provocar conflictos intra e interfamiliares en los nuevos hogares de los hijos convertidos en padres adultos (Leñero, 1999, 204-205).

El encauzamiento de la organización familiar sigue el mismo patrón que el desarrollo natural de la vida en cada uno de sus miembros - nacimiento, madurez y muerte-. Por esta razón, el apoyo familiar de los abuelos y su reconocimiento como matrices del patrimonio familiar, son rezagados por los hijos adultos y los nietos por las mismas causas que los marginan a nivel de la sociedad en la que, la representación social de la vejez desvirtúa la identidad de las personas de la tercera y cuarta edad como sujetos para minimizarlas a objetos.

Calidad de vida en el adulto mayor

Si se afirma que en la convivencia social las personas actúan sobre los objetos de su mundo e interactúan con sus semejantes: toda representación social de la vejez que está basada en un estigma, obstaculiza la comunicación y la convivencia entre y hacia las personas de la tercera y cuarta edad, al hacerla asimétrica y vertical. Con ello, se posibilita la presencia de comportamientos violentos que van desde la marginación y la exclusión, hasta los golpes físicos y el homicidio.

Por comunicación violenta, se entiende todo proceso en el que no hay una interacción entre semejantes, sino acciones que buscan aprehender y controlar las acciones de estas personas, pues, en principio, no son consideradas como sujetos protagonistas, sino como objetos. Esta forma de accionar pierde de vista lo

humanístico que tiene el actuar con conciencia de humanidad y empatía.

En esta situación de rezago y marginación social, así como de abandono familiar, existen altos índices de frustración y desesperanza entre las personas de la tercera y cuarta edad lo cual, dificulta su desarrollo como personas independientes y como parte fundamental en sus familias y en la comunidad a la que pertenecen.

Por ello, en el tratamiento social de la vejez deben evitarse enfoques recurrentes hasta ahora, como son el asistencialismo que estigmatiza y que hace más dependientes a las personas en situación difícil; al paternalismo equívoco que pretende controlar; el tecnocratismo que mira a la población como objeto de su planeación y programas ejecutivos, o el filantropismo desviado hacia el deseo de mostrarse bondadoso ante quienes se considera débiles e incapaces para salir adelante por sí solos (Leñero, 1999, 212).

En esta labor es importante evitar pretensiones en las que el Estado y sus instituciones sean las únicas que forjen el camino hacia la integración social de las personas de la tercera y cuarta edad, pues el apoyo y el seguimiento familiar -a mediano y largo plazo- son la única vía real para solucionar este tipo de problemáticas tan complejas y emergentes.

Finalmente, y a manera de conclusión, es importante traer a la reflexión la labor exitosa con la que algunos países han integrado a sus comunidades de la tercera y cuarta edad. “Cuba es una de las naciones del Tercer Mundo que

más ha hecho por este segmento poblacional gracias al Programa Nacional de Atención al Adulto Mayor. Cuba es el tercer país en el continente americano que elevó en unos 20 años la expectativa de vida de su población, logro sólo superado por naciones altamente desarrolladas” (Núñez, 2011, p. 5), sin que ello haya implicado un detrimento en la calidad de vida de estas personas.

Una de sus estrategias es la creación de los Círculos de Abuelos. “La provincia de Holguín cuenta con más de mil 600 instituciones de este tipo” (Núñez, 2011, p. 2) donde las personas de la tercera y cuarta edad se reúnen en grupos para intercambiar experiencias, realizar ejercicio, enseñar oficios a personas jóvenes con una actitud de servicio comunitario y promover sus creaciones. “También existen las Casas de Abuelos, donde los familiares los dejan en la mañana y los recogen en las tardes, mientras ellos reciben la atención y cuidado de personal” (Núñez, 2011, p. 2) especializado sin ser abandonados por su familia.

Asimismo, otros de “los proyectos auspiciado por la Central de Trabajadores de Cuba, la Facultad de Psicología de la Universidad de La Habana y la Asociación de Pedagogos de Cuba, es la creación de la Universidad del Adulto Mayor. [...] En la isla caribeña existen alrededor de 900 filiales, por las que han pasado más de 50.000 personas, en general mayores de 60 años” (Acosta, 2012, p. 2).

Está comprobado que dichas estrategias han mejorado la movilidad social, el reconocimiento familiar, el ánimo personal, la salud integral y la esperanza de vida de las personas de la tercera y cuarta edad que se han visto beneficiadas con su participación en estas estrategias. En síntesis, “la autonomía que las personas mayores viven está íntimamente relacionada con la mejora en su calidad de vida” (Núñez, 2011, p. 4) y ello, implica el compromiso de todos los actores de la sociedad, lejos de etiquetamientos absurdos.

Los costos de continuar minimizando e ignorando el fenómeno de la vejez en México, traerán consigo mayor rechazo hacia las personas de la tercera y cuarta edad, segmentación y disfuncionalidad social. Aún falta mucho trabajo en este sentido, pues a pesar de que existen investigaciones sobre la vejez, son pocas las que tienden al análisis de la violencia a nivel de las relaciones interpersonales. El recorrido no es fácil, no obstante, puede ayudar el pensar en la vejez como un proceso natural de la vida, que de no llegar con antelación la muerte, afectará la trayectoria vital de todas las personas en sociedad.

Referencias

Acosta, D. (2012). *La Vejez Fecunda*. Inter Press Service. Recuperado el 15/04/2012. En: <http://ipsnoticias.net/nota.asp?idnews=86082>

- Arceo, A. & Suárez, L. (1996). Es Maltratado por Familiares uno de cada cinco ancianos. *Ángulos*, 3, pp.28-29.
- Ballesteros, C. (2000). La Tercera Edad en México. Imágenes y Perspectivas. *Acta Sociológica*, 30, pp.1-244.
- Bazo, M. (1996). Aportaciones de la Personas Mayores a la Sociedad. Análisis Psicológico. *Kairos: Revista de Ciencias Sociales*, 73, pp.209-224.
- Consejo Nacional de Población, (28 de Agosto del 2007). Día Internacional del Adulto Mayor. Comunicado de prensa 39/07, México.
- Fleurquin, V. (1995). *Dictionari dels Sentiments*. Paris: Alter Pirene.
- Fuentes, M. (1994). *La Tercera Edad en la Sección de Voceadores*. México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Gómez, A. (2011). *El estigma: La Máscara de la Comunicación*. Universidad Nacional Autónoma de México: Facultad de Ciencias Políticas y Sociales.
- González, C. & Ham, R. (2007). Funcionalidad y Salud. Una Tipología del Envejecimiento en México. *Salud Pública de México*, 49(4), pp. 448-458.
- Giraldo, M. (2006). Análisis de la Información Estadística. Encuesta sobre Maltrato a Personas Adultas Mayores en el Distrito Federal 2006. México, Gobierno del Distrito Federal.
- Núñez, M. (2011). La Tercera Edad en Cuba. Programa de Envejecimiento y Salud.

Una mirada de desolación. El estigma y el abandono en la vejez

Recuperado el 15/04/2012. En: Sánchez, C. (2011). Género y Vejez: Una Mirada Distinta a Un Problema Común. *Ciencia, Revista de la Academia Mexicana de Ciencias*, 1(62), pp. 48-53.

<http://www.mayoressaludables.org/noticias/la-tercera-edad-en-cuba>.